EL PREMIO DEL VENCEDOR,

DRAMA

EN TRES ACTOS

Y EN VERSO.

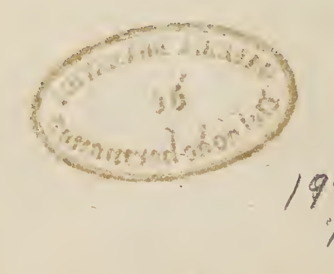
POR

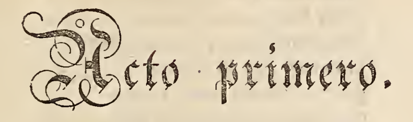
D. Antonio Garcia Gutierrez.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.





PERSONAS.

DON GUTIERRE DE QUEJADA, *señor de Villa-Garcia.*
FILIPO, *duque de Borgoña.*
EL CONDE DE SAINT-PAUL.
CLEMENCIA, *condesa de Nevers, sobrina del conde.*
BLANCA, *hermana de Clemencia.*
MICER PEDRO, *hijo bastardo de Saint-Paul.*
GIRON, *criado de don Gutierre.*

El teatro representa un salon gótico adornado con toda la rusticidad de la época. Al fondo una puerta, y otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. CLEMENCIA.

CONDE.

No hay que cansaros, sobrina:
la postrera voluntad
de vuestro padre...

CLEMENCIA.

No ignoro
cuánto debo respetar
su mandato, ni yo quiero
quebrantarle: mas dejad
al tiempo que haga en mi pecho
lo que el amor no podrá.

Ya lo sabeis, señor tio,
yo soy de carne mortal
como todas: como todas
alma tengo y voluntad.
Soy sensible... yo á lo menos
lo creo: por lo demas
para el amor es mi pecho
mas duro que el pedernal.
Con el tiempo y la costumbre,
si Dios lo quiere, quizás
venceré la repugnancia...

CONDE.

No es posible dilatar
esta union: Pedro te adora,
es buen soldado, es galan,
y á sus defectos, casada
te puedes acostumbrar.
El duque Filipo quiere
ser vuestro padrino, y tal
honra...

CLEMENCIA.

Yo soy venturosa
en merecerla. (¡Qué afan!)
Mas ya que obstinado y ciego
en vencerme persistais,
no el cobre vendais por oro
á quien conoce el metal.
Pedro...

CONDE.

Ya sé que aborreces
hasta su nombre.

CLEMENCIA.

No tal.
Ya sé que es honrado: es hijo
vuestro, y por lo tanto está
probada en él la nobleza;
pero galan, perdonad...

CONDE.

¡Clemencia!

CLEMENCIA.

Su valor, nadie
en Francia lo osa dudar.

CONDE.

En Francia, en el mundo entero.
Jerusalen lo dirá,
y lo dirán los combates
del Líbano y el Jordan.
Si en el amor de su gloria
no te sientes abrasar,
ó no hay en tí sangre noble,
ó dejenerado habrá.

CLEMENCIA.

¿Y qué me importa que sepa
domar á su voluntad
mil mundos, si no ha podido
mi corazon conquistar?
Que sepa vencer al oso,
que en su sed torpe y voraz
de sangre, tras ella corra
con obstinacion fatal,
¿qué me importa, si no sabe
persuadir ni acariciar,
y lo que logra el rendido
quiere vencerlo el tenaz?
¡Oh! no... le daré mi mano,
seré, pues que os obstinais
en ello, su esposa; pero...
no podré amarle jamás.
Por fortuna los combates
muy presto le llamarán,
y tendré, si no caricias,
á lo menos libertad.
¿Quereis mas?

CONDE.

No, ni es posible
quererte mas racional.

CLEMENCIA.

No le aborrezco.

CONDE.

Y acaso
con el tiempo le amarás.

CLEMENCIA.

Es posible.

CONDE.

¿Partiremos
mañana?

CLEMENCIA.

Cuando querais.
Hoy mismo.

CONDE.

Verás la corte
de Filipo, que á tu edad
y en este rincon guardada
tal vez lo desearás.

CLEMENCIA.

Eso solo me consuela
de mi sacrificio.

CONDE.

¡Bá!
¿no es posible corregirte?

CLEMENCIA.

Sí, conde: por no ver mas
estos tristes paredones
de vuestra torre feudal,
por ver siquiera una sombra
de aquella felicidad
que gozan otras mugeres
y que aqui vedada está,
mi porvenir lisongero
consiento en sacrificar.

CONDE.

¡Adios! mañana partimos
á Santomer; ¿no es verdad?

CLEMENCIA.

Estoy dispuesta.

CONDE.

(¡Consiente!...
no puedo exigirla mas.)

ESCENA II.

CLEMENCIA.

¡Ver la corte! me parece
un sueño; mas... ¡cuánto va

á costarme esta ventura!...
¿Y qué puedo remediar?
Al menos dilataré
lejos de esta soledad
el corazon afligido
que enfermo de tedio está.
Al menos descifraré
este enigma singular
que dentro del alma labra
con obstinacion fatal.
Sabré de mis pensamientos
qué quieren y á dónde van;
si mi esperanza es mentira,
si mi ilusion es verdad.
¡Oh! no haga Dios que en la vida
llegue por fin á encontrar
realizados mis ensueños
de ciego y febril afan.
Fuera entonces mi desdicha
mas cruel... Nunca, jamás
salga del pecho oprimido
este furioso raudal.

ESCENA III.

DICHA *y* BLANCA. *Sale con muestras de gozo.*

BLANCA.
¡Clemencia! ¡hermana!
CLEMENCIA.
Ya sé
la causa de tu alegria.
BLANCA.
Sí, Clemencia, al conde hallé
y el plazo saber logré
de tu ventura y la mia.
CLEMENCIA.
¡Contenta estás!
BLANCA.
¿Pues no quieres?
cuando nos envidian todas,

cuando el duque...

CLEMENCIA.

Feliz eres,
Blanca, que esperas tus bodas
sin que tu desdicha esperes.
Tú que en fatal desvarío
no sueñas otra ventura,
sé dichosa.

BLANCA.

¡Qué, Dios mio!
¿acaso el conde procura
tiranizar tu alvedrío?

CLEMENCIA.

No, hermana, no; de buen grado
le dí mi consentimiento.
Ya sabes que está tratado
de entrambas el casamiento
por alta razon de estado.
¿Qué escusa podré oponer
para dejar de cumplirle
sola, débil y muger?
Preciso es obedecer,
ó cuando mas maldecirle.

BLANCA.

Algun otro amor...

CLEMENCIA.

No puedes
comprender tú mis enojos.
Otro amor...

BLANCA.

¡Me lo concedes!

CLEMENCIA.

¿Han visto nunca tus ojos
mas que estas tristes paredes?
¡Oh! pero no han conseguido
estorbar que en lo profundo
del corazon escondido
penetrar hayan podido
las esperanzas del mundo.
Presas y atadas las manos
vivimos aqui á merced
de nuestros fieros tiranos...

fueron mis esfuerzos vanos
para quebrantar mi red.
Por fin la prision oscura
abre para tí sus puertas
y las abre á tu ventura:
á mí, solo estan abiertas
para otra cárcel mas dura.

BLANCA.

¡Me aflijes!

CLEMENCIA.

Tienes razon,
hago mal.

BLANCA.

Eso no digo:
antes quiero tu afliccion
partir, y llorar contigo,
y ensanchar tu corazon.

CLEMENCIA.

Oye, Blanca, no es posible
guardar mas tiempo en el alma
este secreto terrible
de amor, que roba mi calma,
ardiente cuanto imposible.
Tal vez lo juzgues locura,
insensato devaneo
que mi pasion me procura:
tal vez ilusion impura
engendrada en mi deseo.

BLANCA.

¡Tú amor! ¿y á quién puede ser?

CLEMENCIA.

No lo sé, Blanca.

BLANCA.

Bien dices;
es locura.

CLEMENCIA.

Ya el deber
mis amores infelices
va al punto á desvanecer.

BLANCA.

No te entiendo.

CLEMENCIA.

Ya dos años
me aquejó esta llama activa
con mil dolores estraños
en perpetua alternativa
de esperanza y desengaños.
Dos años há que le ví,
y nada habrá que le borre
del corazon que le dí...

BLANCA.

¿Cómo puede ser así,
encerrada en esta torre?

CLEMENCIA.

Sin duda alguna, perdido
en los montes, divisó
este castillo escondido
un caballero, que ha sido
el que el alma me robó.

BLANCA.

¿Le viste?

CLEMENCIA.

Distintamente.

BLANCA.

¡Feliz tú!

CLEMENCIA.

Llegó al castillo,
y acercándose á la puente
tres veces llamó al rastrillo
con bizarro continente.
En vano fue demandar
del alcaide permision;
mas no le pudo estorbar
que al fin se hiciese lugar
entrando en mi corazon.
Prendada yo del donaire
del hidalgo, con enojos
que aumentaba su desaire,
dí lágrimas á los ojos
y dí suspiros al aire.
Y con tanto estremo, y tanto
lloré y suspiré, que alzó
los ojos, llenos de encanto,

y las fuentes de mi llanto
en mi corazon secó.
No le debí parecer
muy mal á lo que sospecho,
puesto que me dió á entender
con acciones su querer,
puestas las manos al pecho.
Tres meses asi pasaron,
y con amante constancia
nuestras almas se adunaron,
y las prisiones burlaron
y salvaron la distancia.
Un dia... ¡en vano tendia
á todas partes los ojos!...
vino la noche sombría,
y en vano aguardé otro dia
por consolar mis enojos.
¡No ha vuelto, Blanca! el infiel,
despues que de mi ternura
triunfó, me olvida cruel,
y me roba mi ventura,
que ya no tendré sin él.

BLANCA.

Clemencia, admirada estoy
de escucharte.

CLEMENCIA.

No conviene
que sepan...

BLANCA.

No, por quien soy;
y mil promesas te doy...
Mas calla, que Pedro viene.

ESCENA IV.

DICHAS *y* PEDRO, *en trage de cazador.*

PEDRO.

¡Levantadas tan temprano!

CLEMENCIA.

Pedro... (*Alargándole la mano.*)

PEDRO.

¡Mi futura hermosa!
Estás como nunca bella,
¡viven los cielos!

CLEMENCIA.

¡Lisonjas!

PEDRO.

No, por mi vida; tu rostro
de vida y placer rebosa,
y realzan tus mejillas
esas frescas amapolas.

CLEMENCIA.

Satisfacciones...

PEDRO.

Sin duda
te habló padre de la boda...

CLEMENCIA.

Cierto.

PEDRO.

Y por eso estás hoy
tan animada y gozosa.

CLEMENCIA.

Sin duda; ¡qué otro motivo...
(¡Presuntuoso!)

PEDRO.

Perdona
si no sé corresponder
á tanta y tan alta gloria.
Yo no sé espresar finezas,
soy fiero como una Onza,
y el amor se está en mi pecho,
de donde salir no logra.
Y cuando quiere en palabras
revelarse, me sofoca,
y hay veces que para hablar
hasta la lengua me estorba.
Tal es mi amor, montaráz,
áspero como una roca,
pero como ella, inflexible.

CLEMENCIA.

Bien lo dice tu persona.

PEDRO.

Tú quisieras, ¿no es verdad?
algun amante de alcorza,
que con palabras de miel
te trastornara la chorla.
De esos que como mugeres
con paño y seda se adornan,
y el pelo tendido llevan
sobre los hombres en ondas.

CLEMENCIA.

(*Aparte á Blanca.*)
(¡Qué bien le pinta!)

PEDRO.

Cuitados
que cual tímidas palomas
se desbandan en la corte
al resonar de la trompa.

CLEMENCIA.

¿Y quién te dice que yo
piense...

PEDRO.

Porque asi sois todas.

CLEMENCIA.

Pues si es nuestro natural,
¿qué me culpas y te enojas?
A mas, ¿qué sabe del mundo
la que aqui guardada ignora
lo que es amor?...

PEDRO.

Es decir...

CLEMENCIA.

Lo que es amor en las otras.
Yo te quiero bien.

PEDRO.

No basta.

CLEMENCIA.

Te prefiero...

PEDRO.

Es poca cosa.

CLEMENCIA.

Pero...

PEDRO.

No estaré contento
si no dices que me adoras.

CLEMENCIA.

¡Válgame Dios! ¿pues me tienes
por cristiana, ó por idólatra?

PEDRO.

De otro modo, te lo advierto
por nuestro bien: estas bodas
serán tristes funerales.

CLEMENCIA.

Eso he pensado yo propia.

PEDRO.

¡Ah!

CLEMENCIA.

Mas si tú renunciaras
de buen grado...

PEDRO.

¡Yo! perdona.

CLEMENCIA.

¿Y qué hemos de hacer?

PEDRO.

Querernos
por fuerza.

CLEMENCIA.

Es horrible cosa.

PEDRO.

No tan horrible: verás,
con el tiempo, si se logra.

CLEMENCIA.

¡Y si llego á aborrecerte!

PEDRO.

¡Si lo apuras de esa forma!...

CLEMENCIA.

Para la felicidad
conyugal...

PEDRO.

Eso no obsta;
y mientras haya armonía
será nuestra union dichosa.

CLEMENCIA.

¡Armonía!

PEDRO.

Justamente;
yo te odiaré si me odias,
y si me quieres, seré
mas blando que una paloma.
Si esta no es felicidad...
(*Se oye dentro ruido.*)

GUTIERRE.

(*Dentro.*) ¡Abrid, abrid!

PEDRO.

Quién ahora
se atreve...

CLEMENCIA.

Algun caminante.

PEDRO.

¡Vive Dios!

GUTIERRE.

¿No hay quien responda?

PEDRO.

Abrid, y veamos quién es
quien tan alto fuero goza
para mandar en mi casa.

ESCENA V.

DICHOS. D. GUTIERRE *y* GIRON.

PEDRO.

¡Pardiez! gallarda persona.

CLEMENCIA.

¡Qué miro! ¡Blanca!
(*Habla aparte á Blanca.*)

GUTIERRE.

Ella es,
Giron.

GIRON.

La hicimos redonda.
Dios quiera...

PEDRO.

¿Puedo saber
qué acaso nos proporciona
esta dicha?

GUTIERRE.

Perdonad,
si deslumbrada y absorta
la vista...

GIRON.

(¡Vamos! ¿no digo?
Ya escampa y llueven carocas.)

PEDRO.

Remitid los cumplimientos.

CLEMENCIA.

(¡Qué galan!)

PEDRO.

Esta señora
es prima mia...

GIRON.

(Eso es malo.)
(*Aparte á Gutierre.*)

PEDRO.

Y en breve será mi esposa.

GIRON.

(Eso es peor.)

GUTIERRE.

¿Qué habeis dicho?

GIRON.

(Dice que no quiere bromas.
Vámonos de aqui; ¿qué esperas?)

GUTIERRE.

Mil veces feliz quien goza
tan alta dicha.

CLEMENCIA.

(¡Antes muerta
me han de ver! ¡Blanca, estoy loca!)

PEDRO.

(Mucho la mira.) Podemos
saber...

GUTIERRE.

Sí, lo que ocasiona
mi venida.—En ese monte,
perdido, me halló la aurora,
sin encontrar un asilo
entre su aspereza tosca.
Postrado por el cansancio,

recostado en una roca,
inútilmente una senda
buscaba la vista ansiosa,
cuando no lejos de mí
en las entrañas mas hondas
del monte, un hombre observé
en lucha horrible y dudosa
con una fiera. No puedo
esplicaros de qué forma
bajé al hondo precipicio...

PEDRO.

Y en fin...

CLEMENCIA.

¡Dios mio!

GUTIERRE.

Se logra
mi anhelo: cansado el jóven
que con arrogancia heróica
en sus brazos oprimia
al fiero monstruo, se postra
vencido; pero la garra
del oso no fué tan pronta
como mi ausilio.

PEDRO.

Y mi hermano...

GUTIERRE.

No es la herida peligrosa.

CLEMENCIA.

¡Está herido!

GUTIERRE.

Levemente.

PEDRO.

Corro al punto.

GIRON.

(Quedan solas.)
(*Aparte á Gutierre.*)

PEDRO.

Presto vuelvo. (*Vase.*)

GIRON.

Esta aventura
no acabará sin camorra. (*Vase.*)

ESCENA VI.

D. GUTIERRE. CLEMENCIA.

GUTIERRE.

Si á un triste le es permitido,
despues que de vuestras rejas
dejó el corazon prendido,
daros escusas y quejas,
prestadme piadoso oido.
Fué presuncion estremada
cuando digno me creí
de ventura tan colmada,
puesto que os encuentro asi,
en vísperas de casada.
Y pues se ha llevado el viento
mis esperanzas risueñas,
de vuestra vista me ausento
con el severo escarmiento,
de no amar nunca por señas.

CLEMENCIA.

¡Os vais! ¡tened! si sabeis
con qué estremado delirio
os quise ¿qué pretendeis
ya de mí, si no quereis
hacer mayor mi martirio?
Sin amor y por violencia
mi triste boda apresuran
parentesco y conveniencia;
pero ya, en vano procuran
que ceda mi resistencia.

GUTIERRE.

¡Oh, bien decís!

CLEMENCIA.

Pero ahora
oidme: el puro arrebol
que nuestra casa atesora,
no puede unirse...

GUTIERRE.

¡Señora!
soy un hidalgo español.

No hay casa tan encumbrada
en Jaen como la mia,
y porque no dudeis nada,
soy Gutierre de Quejada,
señor de Villa-Garcia.

CLEMENCIA.

Pues si vuestro amor alcanza
el necesario valor
que os da vuestra remembranza,
servidme con esperanza...

GUTIERRE.

Os serviré con amor.

CLEMENCIA.

Pero ante todo es preciso
romper el tirano lazo...

GUTIERRE.

No me hallareis indeciso;
hablad, prontos á un aviso
teneis mi vida y mi brazo.

CLEMENCIA.

En buen hora. D. Gutierre,
si resolucion no os falta...

GUTIERRE.

No temais mientras se encierre
aqui el honor que le esmalta,
que por cobarde lo yerre.
Hablad, pues, y aunque jactancia
os pareciere, española,
alzaré una empresa en Francia,
y vereis que la arrogancia
no está en nuestros pechos sola:
sepa yo vuestros deseos
y participe mi fé
de vuestros altos empleos,
en combates y en torneos
por reina os coronaré.
Y haré por vuestro decoro
que confiesen con temor,
frances, español ó moro,
que no hay belleza mayor
que la belleza que adoro.

CLEMENCIA.

No tal... (de oirle me encanto.)
Esas fieras aventuras
causan á mi pecho espanto,
ni vos necesitais tanto
para rendir hermosuras.
Mas vence á mi corazon
vuestra cortés condicion
que vuestra temible lanza.
El amor solo se alcanza
con dulzura y persuasion.

GUTIERRE.

Mas ese obstáculo...

CLEMENCIA.

Id
á la corte de Filipo.

GUTIERRE.

¿Pues cómo?...

CLEMENCIA.

Hoy mismo partid,
que allá voy yo.

GUTIERRE.

Mas decid...
¿por qué causa me anticipo?
No podré en tanto gozar
en veros?...

CLEMENCIA.

No; si llegaran
nuestro cariño á notar
mis proyectos estorbaran.

GUTIERRE.

Pero asi no he de marchar.
Ya que al placer soberano
de veros renuncie asi,
dadme un favor... una mano.

CLEMENCIA.

Favores pedís temprano...
mas no os quejareis de mí.
Tomad... mas no la apreteis...
¿tambien besarla? eso no...

GUTIERRE.

¿Sereis tan cruel?...

CLEMENCIA.

¿Sereis
inconstante?

GUTIERRE.

¿Con vos yo?

CLEMENCIA.

Besadla, ¿qué os deteneis?

ESCENA VII.

DICHOS. PEDRO *y* EL CONDE.

(*Al entrar han visto los dos á D. Gutierre en el momento de tener hincada una rodilla en tierra y besa la mano á Clemencia.*)

CLEMENCIA.

¡Ah!

CONDE.

¡Qué miro!

PEDRO.

(Ellos á solas...)

CONDE.

Caballero, ¿es ese honor?

GUTIERRE.

¿Qué decís? estas, señor,
son costumbres españolas.
Y no puede estaros mal
que de admirado y cortés
me haya arrojado á sus pies
con impulso natural.

CONDE.

Son costumbres estremadas,
mas procurad, pues venís
á muy contrario pais,
dejarlas allá olvidadas.
Que aqui, por vuestra mancilla,
puede creeros ó no,
quien no sepa como yo
las costumbres de Castilla.

(*Vase con Clemencia.*)

ESCENA VIII.

D. GUTIERRE. PEDRO *y* GIRON.

PEDRO.

Y yo mas interesado,
para que esteis en lo cierto,
desde este dia os advierto
que soy frances y soldado.
Y que un grande error le engaña
si piensa tener lugar
ni licencia, para usar
galanterías de España.

ESCENA IX.

D. GUTIERRE. GIRON.

GIRON.

¿Nos volvemos?

GUTIERRE.

No, aunque pierda
desde hoy mas mis esperanzas,
mediremos nuestras lanzas
ya que el frances me lo acuerda.

GIRON.

Mira...

GUTIERRE.

Prevenidos ten
los caballos, que hoy marchamos.

GIRON.

¿Que al fin quimera encontramos?
Miren si dije yo bien.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Salon del palacio del duque de Borgoña, en Santomer. Galeria en el fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE *y* PEDRO.

CONDE.

¿Que al caballero español
has visto?

PEDRO.

Nos aguardaba
en Santomer. No dudeis
de que Clemencia le ama.

CONDE.

Eso no es posible.

PEDRO.

Plegue
á Dios, mas si necio osara
poner sus ojos en ella
el hidalgüelo de España,
vive el cielo...

CONDE.

No te irrite
presuncion tan infundada.
El caballero, sin duda
hácia aqui se encaminaba
cuando la casualidad
le llevó á nuestras montañas.

PEDRO.

Y á nuestra torre.

CONDE.

Y bien, qué...

PEDRO.

Vió á Clemencia.

CONDE.

Fue desgracia;
pero...

PEDRO.

Los hallamos luego
en dulce, amorosa plática.

CONDE.

Eso no sé.

PEDRO.

Por lo menos
en las manos la besaba.

CONDE.

Son costumbres de Castilla,
que es gente muy cortesana
la de esa tierra.

PEDRO.

Sí, pero...
son costumbres bien estrañas.
Y ya se lo he dicho, y sepa
si quiere vivir, que en Francia
no podemos tolerar
galanterías de España.

CONDE.

Bien dicho.

PEDRO.

Y sin duda alguna
ya sabe que mi palabra
es fiel, y desistirá.

CONDE.

¿Quién lo duda?

PEDRO.

Solo falta...

CONDE.

Clemencia respetará
mi autoridad y mis canas,
y mas que todo, el honor
de su brillante prosapia.

PEDRO.

¡Oh! la muger no conoce
mas ley que el amor; si osada
una vez de sus deberes
llega á quebrantar la balla,
ni la contienen respetos,
ni nobleza ni prosapia.

CONDE.

Mal juzgas á las mugeres:
las hay tan nobles y honradas...

PEDRO.

¡Puede ser!

CONDE.

Y las que son
bien nacidas...

PEDRO.

¡Cosa rara!
¡Tio, tio! esas doncellas
serán hembras de otra casta
que se ha perdido en mis tiempos.
Ya se ve, cada uno habla...

CONDE.

Y no olvides que es de nobles
favorecerlas y honrarlas,
porque en nosotros recaen
sus defectos y sus manchas.

PEDRO.

¿Habeis aprendido vos
galantería en España?

CONDE.

Donde quiera los hidalgos
saben honrar á las damas
y servirlas.

PEDRO.

Yo no sé
ni servirlas ni adularlas.
Alguna vez que he querido
con menos bruscas palabras
hablar de amor, se me hacen
diez nudos en la garganta.

CONDE.

Eso es natural, criado

en las rústicas montañas...

PEDRO.

Pero si no sé adular,
si en estrados y entre damas
pigmeo y rüin parezco,
soy gigante en las batallas.
No he encontrado duro hierro
que el recio corte de mi hacha
no haya dividido en piezas
ó traspasado no haya.
No hay caballero que en lucha
singular, de espada ó lanza,
pueda decir que salió
de entre mis brazos con alma.
Asi, quisiera que fuesen
las mugeres de otra pasta,
de hierro ó bronce, y vencerlas
y oprimirlas y domarlas.
Pero llorar sus desdenes,
pero arrastrarme á sus plantas...
reniego yo de ser hombre
si hay un hombre que tal haga.

CONDE.

¿Qué puedo decirte? veo
con dolor tu injusta saña,
y no podré convencerte
hasta que el amor lo haga.
Entonces conocerás
que ese ser débil, no hay alta
presuncion que no corrija
ni soberbia que no abata.
Pero el duque viene.

ESCENA II.

DICHOS *y* EL DUQUE FILIPO.

FILIPO.

¿Conde?

CONDE.

¿Séñor?

FILIPO.

Seais bien venido.

CONDE.

Como vos me habeis pedido,
y á mi lealtad corresponde,
al punto os obedecí
que me llamasteis.

FILIPO.

¿Y vos,
Pedro?

PEDRO.

De mi padre en pos
á obedeceros corrí.

FILIPO.

Conozco vuestra lealtad.
Y vuestras sobrinas? (*Al Conde.*)

CONDE.

Vienen
contentas, como que tienen
en mucho vuestra bondad.
Luego con vuestra licencia
vendrán.

FILIPO.

Deseoso estoy
de verlas.—Y ¿cuál?... (*A Pedro.*)

PEDRO.

Yo soy
el esposo de Clemencia.

FILIPO.

¿La mas bella de las dos?

CONDE.

Señor, en ambas apura
sus tesoros la hermosura.

FILIPO.

¿Tan bellas son? ¡vive Dios!
Serán el mejor ornato
de mi corte, que no ignoro
que no es el menor tesoro
de sus prendas el recato.

CONDE.

Lejos del mundo criadas,
con tierna solicitud,

son por su porte y virtud
modelo de recatadas.

PEDRO.

(Dios lo quiera.)

FILIPO.

Venturoso
mil veces puedo llamar
á quien le es dado alcanzar
la dicha de ser su esposo.

PEDRO.

Señor...

FILIPO.

Hoy he de colmaros
de honores...

CONDE.

¡Oh! ¡tanta gloria!

FILIPO.

Me traeis á la memoria
recuerdos para mí caros.
Compañero de mi infancia
fue el conde Nevers; el hombre
cuyo valor y renombre
dieron mas lustre á la Francia.
Siempre á mi lado, partió
gloria y peligro conmigo,
y mas que vasallo, amigo,
mi vida una vez salvó.
A mi lado fué tambien
cuando de morir seguros
volamos ante los muros
de la gran Jerusalen;
y una y otra vez y ciento,
en propias tierras y estrañas,
admiró con sus hazañas
á los de mas ardimiento.
¡Oh! ya que no pueda honrar
de otro modo su memoria,
los que heredaron su gloria
sus premios han de heredar.

CONDE.

Jamás desagradecidos
nos hallareis; permitid...

FILIPO.

Cumplimientos remitid,
entre amigos tan queridos.
Ahora, conde, solo os ruego
que me lleveis donde estan
Clemencia y Blanca.

CONDE.

Tendrán
mucho honor...

FILIPO.

Partamos luego.

ESCENA III.

PEDRO, *solo.*

¡A Dios gracias! ¿Que no pueda
mi indomable condicion
respirar en esta atmósfera?
voto á... sofocado estoy.
Altas y alegres montañas
cuyo risueño verdor
dilataba dulcemente
las fibras del corazon,
tristes paredes sombrías
de mi torre de Saint-Paul
donde el amor de una madre
mi noble cuna meció;
¿ya no he de volver á veros?
renunciaré, ¡voto á brios!
á mis hermosos recuerdos,
á mis pasatiempos... ¡no!
¡Clemencia no me ama! ¡acaso
á ese hidalgo... tiene amor!
¡Oh! ¡yo me irrito!...—Sin duda
es justa mi indignacion.—
Y porque ella no me quiera,
porque á otro prefiera, yo
que tampoco la amo, ¿dejo
que me domine el furor?
No sé... no sé por qué causa,
qué sentimiento ó razon,

me imaginó esa ventura,
en poder de otro, mayor.
¡Vanidad! ¡no es otra cosa!
¡yo esclavo de una pasion
tan insensata! —¡Clemencia!
No, no... tan necio no soy.
¡Maldito si me comprendo!
Pero si quisiera Dios
que la amase, moriria...
Aqui viene el español.

ESCENA IV.

DICHO, GUTIERRE Y GIRON.

GIRON.

Este es el primo.

GUTIERRE.

En efecto.

(D. Gutierre hace una profunda reverencia á Pedro, y este le contesta con otra fria y desaliñada.)

GIRON.

Ya ves si se indigestó
con la escena del castillo.

PEDRO.

Me irrita este hombre: estoy por...

GUTIERRE.

De provocarle al combate
quisiera alguna razon.

GIRON.

Tambien el monsieur es gallo
segun parece.

PEDRO.

Me voy
por no dejarme arrastrar
de mi imprudente furor.

ESCENA V.

DICHOS, *menos* PEDRO.

GUTIERRE.
¿Qué te parece?

GIRON.
Que es hombre
de trazas...

GUTIERRE.
No quiero yo
decir eso. ¿No parece
que me mira con rencor?

GIRON.
Y hablando en plata, ¿no crees
que tenga alguna razon?

GUTIERRE.
Será fuerza que riñamos.

GIRON.
Eso, como tres y dos...

GUTIERRE.
Le mataré.

GIRON.
Allá veremos.

GUTIERRE.
¿Dudas tú de mi valor?

GIRON.
No es eso; no: pero nunca
te he visto tan baladron.

GUTIERRE.
Es que el odio que me inspira,
me da fuerzas... qué se yó;
pero si á lidiar saliera,
por vida...

GIRON.
Tente, señor,
y no des voces, que vienen...

GUTIERRE.
¿Es Clemencia?

GIRON.
Las dos son,

y el Duque á lo que parece
viene hablando con Saint-Paul.

ESCENA VI.

DICHOS, BLANCA, CLEMENCIA, EL DUQUE FILIPO Y EL CONDE.

FILIPO.
¿Quién es ese caballero?
CLEMENCIA.
¿Ves cómo vino? (*Aparte á Blanca.*)
CONDE.
Si quiere
V. A. que le llame...
FILIPO.
Si tal, decidle que llegue.
CONDE.
Hidalgo, el duque reinante
de Borgoña, está presente.
(Es el español.)
GUTIERRE.
Señor,
aguardaba á que quisiese
vuestra bondad recibirme.
FILIPO.
Vos sois á lo que parece
estrangero de estos reinos.
GUTIERRE.
Si soy.
FILIPO.
Con ventura llegue.
GUTIERRE.
Hidalgo soy en Jaen,
y cien lugares me ofrecen
obediencia.
FILIPO.
¿Español sois?
Bien venido otras mil veces.
¿Qué hay de guerras?
GUTIERRE.
Se repiten
los triunfos y los reveses.

En Archid fué derrotado
Sotomayor el Maestre
de Alcántara: alli murió
toda la flor de su gente.
El hidalgo Perafan
de Rivera, el bravo siempre
Diego Monroy, Martin Chaus
tan joven como valiente,
catorce comendadores
y hasta doscientos ginetes,
víctimas de una celada,
alli encontraron la muerte.
En cambio, Diego Manrique
el Adelantado, vence
al moro y á escala vista
entra en Huesca con su gente.
Fernan Alvarez, Señor
de Valcorneja, el alferez
de Cazorla y otros pocos
de espíritu tan valiente,
á los moros de Guadix
derrotan, matan y prenden,
y aunque con cuadruples fuerzas
se retiran los infieles.

FILIPO.

Ella es gente pertinaz.

GUTIERRE.

Noble señor, ella es gente
que ha de costar harta sangre
antes que á mi patria deje.

ESCENA VII.

LOS MISMOS Y PEDRO.

PEDRO.

(¡Aqui este hombre!)

GIRON.

(Ya en campaña
está el bravo matasiete.) (*Aparte á Gutierre.*)

FILIPO.

¿Y á qué fué vuestra venida?

GUTIERRE.

(Me alegro, que está presente.)
Traigo una empresa, señor,

PEDRO.

¿Empresa de armas?

GUTIERRE.

Se entiende.

FILIPO.

Yo os daré campo y seguro.

PEDRO.

Y yo, si me lo concede
V. A. lidiaré...

CONDE.

¡Detente, Pedro, detente!
Señor, motivos injustos
impulsan á D. Gutierre
de Quejada, para dar
á mi hijo Pedro la muerte.
No es una empresa de hidalgos,
no es un juego de armas este,
es una venganza injusta
cuya causa oculta tiene.
Ya sé Gutierre Quejada
que sois tan mañero y fuerte
que os dan renombre en Castilla
entre todos de valiente.
Pero hablad...

PEDRO.

¡Padre! ¿no veis
que asi mi decoro ofende
vuestro temor? ó dudais
de mí, ¡voto á brios!...

FILIPO.

Gutierre,
¿es cierto lo que asegura
el conde? ¿entrais al palenque
por una oculta venganza?

GUTIERRE.

No os lo negaré aunque os pese.
Tenia sed de su sangre,
ansiaba, señor su muerte,
porque me roba una dicha

porque suspiro.

CLEMENCIA.

¡Imprudente!

FILIPO.

¡Entiendo! no es una empresa
ni una justa lo que quiere
vuesa merced.

GUTIERRE.

Un combate
con lanza y hacha y á muerte.

CLEMENCIA.

¡Esperad!

CONDE.

¿Qué vas á hacer?

CLEMENCIA.

No seré yo ciertamente
la causa de este combate,
caballero, respondedme.

GUTIERRE.

¿Qué puedo deciros?

PEDRO.

Basta,
y sea el motivo el que fuere,
una vez retado, nadie
puede al combate oponerse.

CLEMENCIA.

Mas, si el señor castellano
consintiera en retraerse...

GUTIERRE.

Eso nunca.

CLEMENCIA.

Ved hidalgo
lo que haceis, que de esa suerte,
mas que mi amor, conseguís,
mi aborrecimiento.

PEDRO.

Cesen
vuestras súplicas, señora,
que es muy noble D. Gutierre
para que olvide su honor
y el agravio que me debe.

GUTIERRE.

Vuestro soy.

PEDRO.

Ya veis, Clemencia,
que es inútil oponerse.

GUTIERRE.

Aunque os perdiera, señora,
y aunque perdiera mil veces
la vida, que por ser vuestra
de mas valor me parece,
ya es tarde para dejar
nuestro combate pendiente.
Juzgaránlo cobardia,
y en esto mi honor padece,
y aunque os adoro, el honor
para mí es sagrado siempre.
Aborrecedme, en buen hora,
y si mi desdicha quiere
que me olvideis, no será
porque mi amor lo merece.

FILIPO.

Conde, tal vez de Clemencia
para este enlace solemne
violentais la inclinacion.

CONDE.

Señor, no sé cómo puede
haber en ella ese amor,
guardada en mi casa siempre.

FILIPO.

Hablad, Clemencia, ¿qué es esto?
Si opresores y crueles
os violentaron, mi amparo
vuestra inclinacion proteje.

CLEMENCIA.

¡Es verdad, señor! dos años
hace ya, que en duras redes
presa, conocí al hidalgo
á quien amé ciegamente.
En blanda correspondencia
asi pasaron tres meses,
en que por señas se hablaron
nuestras almas solamente.

Pero esclavo mi albedrio,
tuvo al fin que someterse
al interés ó al capricho
pertinaz de mis parientes.
Esta es la fatal historia
de mis desdichas: si puede
vuestra bondad remediarlas,
el duelo estorbad presente.
Que he de llorar de cualquiera
de los dos la horrible muerte,
y no ha de ser que mi mano
un negro homicidio premie.

FILIPO.

Sin que retire su empresa
el español, ni es decente
ni honrado, que estorbe yo
la lucha que los dos quieren.

CLEMENCIA.

Pues bien, si solo es preciso,
caballero, que yo os ruegue...

PEDRO.

¡Clemencia!

CLEMENCIA.

No interrumpais.

PEDRO.

Si cobarde retrocede
ante el peligro, yo no...

GUTIERRE.

Quien tal infamia en mi piense,
miente mil veces.

FILIPO.

¡Hidalgo!

GUTIERRE.

He dicho, señor, que miente.

PEDRO.

Eso digo yo tambien,
y vos haceis que me alegre
de encontrar un enemigo
con quien tan honrado quede.
Vencido, seré dichoso,
y si mi fortuna os vence,
este, entre todos, será

el mejor de mis laureles.

GUTIERRE.

Antes me habeis ya vencido
con palabras tan corteses.

PEDRO.

Adios, hidalgo, esa mano
dejad que en mi mano apriete.

GUTIERRE.

¡Adíos! (por Cristo que es duro.)

PEDRO.

(¡Pardiez! ¡gran pujanza tiene!)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS *menos* PEDRO.

FILIPO.

En cuanto su señoría
de mi proteccion tuviere
necesidad, lo tendrá
como hidalgo y como huesped.
De mis armas y caballos
escoja los que quisiere,
que en vuestro poder, no dudo
que con honra y gloria queden.
Pedidme alguna merced.

GUTIERRE.

En este instante solemne, (*Aparte á Filipo.*)
una sola os pido.

FILIPO.

¿Cuál?

GUTIERRE.

Que el vencedor, sea quien fuere
por premio obtenga la mano...

FILIPO.

Haré cuanto en mí depende.
Seguidme, conde.

(*Al partir, saludan á D. Gutierre, quedándose detras Clemencia.*)

GUTIERRE.

(*Aparte á Clemencia.*)
¡Sois mia!

no temais.

CLEMENCIA.

¡Al cielo plegue!
Mas de ese modo, no hareis
sino afligirme y perderme.

ESCENA IX.

GUTIERRE *y* GIRON.

GUTIERRE.

Venturoso soy Giron:
con el frances por fin lidio.

GIRON.

Perdona si no te envidio
la suerte.

GUTIERRE.

¿Por qué razon?

GIRON.

Entrar en estrema lid
con ese fiero arrogante...

GUTIERRE.

Contra Goliat el gigante,
niño aún luchó David,
y esta entre todas sus glorias
fué sin duda la mayor,
la mas alta.

GIRON.

Yo, señor,
no sé palabra de historias.
Mas por razon natural...

GUTIERRE.

¿Qué importan esos estremos?
Si es gigante, allá veremos...
uno y otro me es igual.
Antes cumple mis deseos
si es como dicen valiente,
que mi valor no consiente
que solo venza pigmeos.
Y aqui será grande hazaña
de mas colmado interés,
el fiero orgullo francés

domar con hierro de España.
Ea, Giron, ¡fuera miedo!
yo corro como á una fiesta.
Cumple tu deber y apresta
mi armadura de Toledo.
Gran brazo habrá menester
para penetrar por ella,
y si hace en mis carnes mella
seguro esté de vencer.
Mas si la hiciera pedazos,
aun verá que no es bastante
para que escape el gigaute
de entre mis membrudos brazos.

GIRON.

Amen, mil veces felice
si asi fuere.

GUTIERRE.

Sí, Giron,
me lo dice el corazon
y el alma me lo predice.
Hay una voz de los cielos
que grita en el pecho mio,
y luego me prestan brio
una pasion y unos celos.
Valor, Gutierre, valor,
pues decidido está ya...
¡no temas! tuyo será
el premio del vencedor.

(Vase, y detras Giron.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

El teatro representa el mismo salon del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. PEDRO.

CONDE.

No, Pedro, no desconfio
de tu valor. Eso fuera
en mí delito, que he sido
testigo de tus proezas.
No quiero de ningun modo
hacerte tan grave ofensa,
pero tampoco que olvides
el valor de la prudencia.
Don Gutierre es caballero
que fama en Castilla lleva
de bizarro, y sobre todo
es muy grande su destreza.
Yo que con disgusto veo
cuánto tu rencor te ciega,
quiero advertirte...

PEDRO.

Señor,
quede todo por mi cuenta.
Si él es diestro, yo soy firme:
si él es viento, yo soy piedra;
y antes que logre rendirme
le convertiré en pavesas.

CONDE.

No quiero desanimarte:
obra, Pedro, como quieras;
pero tan grande enemigo
mal haces si le desprecias.
Acostumbrado á estas lides,
endurecido en la guerra,
tiene opinion de valiente...

PEDRO.

A Francia vino á perderla.

CONDE.

Diestro en arrojar la lanza,
la despide con tal fuerza,
que á veinte pasos la clava
hasta el cuento con la tierra.
Mil caballeros franceses
que con hidalgas empresas
fueron á Castilla, á voces
su grande valor confiesan.

PEDRO.

¿Quereis que desista?

CONDE.

¿Yo
hacerte puedo esa ofensa?
Quiero que con precaucion
combatas; que no arremetas
con ceguedad.

PEDRO.

Yo lo haré;
mas si le alcanza mi diestra...

CONDE.

Hiere sin piedad.

PEDRO.

Entonces
he de convertirle en piezas.

CONDE.

Adios. Yo voy al balcon
del duque.

PEDRO.

¿No irá Clemencia?

CONDE.

Preciso.

PEDRO.

Seré invencible
si celos y amor me alientan.

ESCENA II.

PEDRO, *solo.*

Por mas que mi corazon
ráfagas de valor muestra,
un doloroso presagio
me anonada y desalienta.
¡Si me venciese! animado
por sus miradas risueñas,
¿qué valor hay en el mundo
que al favorecido venza?
Mas yo, que al torbo desprecio
de mi adorada belleza,
pienso que voy á verter
mis lágrimas las primeras...
¡Oh! no... este amor me afemina,
me acobarda... salga fuera
de mi corazon; seamos
hombres otra vez. Mas ¿quién llega?

ESCENA III.

DICHO *y* CLEMENCIA.

PEDRO.

¡Clemencia!

CLEMENCIA.

¿No me esperabas?

PEDRO.

Antes pensaba que fuera
tan injusto tu rencor
que esquivaras mi presencia.

CLEMENCIA.

Mal me juzgas.

PEDRO.

¿Qué me quieres?

CLEMENCIA.

Vengo á pagarte la deuda
de tu amor.

PEDRO.

¿Qué dices?

CLEMENCIA.

Pero
que renuncies hoy es fuerza
á ese combate.

PEDRO.

Imposible.

CLEMENCIA.

Si un sacrificio me cuestas,
¿no ha de deberte ninguno
quien te prefiere á sí mesma?

PEDRO.

¡Qué bien con las esperanzas
desdenes y agravios mezclas!
¡Oh! por fin conseguirás
que el corazon te aborrezca.
¿Tu amor sacrificas? solo
tu mano me das en prenda
de mi pasion; pero el alma
en otra parte le dejas.
¡Oh! y qué bien tu sacrificio
grande y terrible, ponderas...
¿y por qué?... porque le amas,
y porque perderle tiemblas.
Pero llorarás su muerte...

CLEMENCIA.

¿Y la tuya?

PEDRO.

¡A Dios pluguiera!
Mas no, Clemencia, él dará
á mi brazo fortaleza.

CLEMENCIA.

Te aborreceré.

PEDRO.

No importa.

CLEMENCIA.

No seré tuya.

PEDRO.

Ni agena.

CLEMENCIA.

Un convento para mí
mañana abrirá sus puertas.

PEDRO.

Allí no me darás celos.

CLEMENCIA.

Pero postrada en la tierra
pediré venganza á Dios
de la sangre que tú viertas.

PEDRO.

Adios: se acerca la hora.

CLEMENCIA.

¿Nada te ablanda?

PEDRO.

Me esperan.

CLEMENCIA.

Pues bien, mil veces maldito
aquel que matando venza.

ESCENA IV.

CLEMENCIA, *sola.*

¡Mis súplicas no le importan,
mis sacrificios desprecia!
Yo que de su honor en pago
mis esperanzas le diera...
¿Mas qué valen con los hombres
nuestros sacrificios?—Necia,
que juzgaba que á su orgullo
su pasion antepusiera!
No me ama, no: de otro modo,
¿qué le importaran las ciegas
preocupaciones que el mundo
como altas leyes venera?
Veré á don Gutierre, y si él
tambien mi llanto desprecia,
ya lo he dicho; de un convento
se abren para mí las puertas.

ESCENA V.

CLEMENCIA. DON GUTIERRE *y* GIRON.

(*Don Gutierre viene completamente armado, y Giron traerá su escudo y lanza.*)

CLEMENCIA.
Don Gutierre, el cielo ha sido
quien os trajo.

GUTIERRE.
Mi señora.

CLEMENCIA.
Sí, mis súplicas ha oido,
porque blando á mi gemido
oigais á la que os implora.

GUTIERRE.
¿De qué nace el sentimiento
que noto en vos?

CLEMENCIA.
Esta pena
que dentro del alma siento,
me desgarra y me condena
á morir en un convento.

GUTIERRE.
¿Quién tal dice? me ofreció
el mismo duque...

CLEMENCIA.
No importa.

GUTIERRE.
¡Confuso estoy! ¿por qué no?

CLEMENCIA.
Nuestra ventura fue corta.

GUTIERRE.
¿Quién puede oponerse?

CLEMENCIA.
Yo.

GUTIERRE.
No os entiendo.

CLEMENCIA.
Bien podeis.

En ese combate horrible
ó ya murais ó mateis,
nuestro enlace es imposible,
y por siempre me perdeis.
Si no probais vuestra lanza,
ya sé que estais deshonrado,
y no trueca su venganza
el orgullo de un soldado
por una necia esperanza.
¿Qué vale mi amor? ¿qué vale
que una insensata pasion
por mis labios se resbale,
mientras al triunfo no iguale
de romper un corazon?
Venturoso el que su afan
logre mas diestro ó mas fuerte,
que todos le aplaudirán,
y acaso celebrarán
del mas infeliz la muerte.

GUTIERRE.

¿Qué puedo hacer ni deciros?
¿qué razon os podré dar,
Clemencia, despues de oiros,
si vuestros hondos suspiros
vienen aqui á resonar?
El mundo que nos sentencia
aprobó esta ley, señora.

CLEMENCIA.

Pero es barbarie, es demencia.

GUTIERRE.

Vuestro corazon lo llora...

CLEMENCIA.

¡Oh! sí.

GUTIERRE.

Porque sois Clemencia.
Porque del mundo apartada,
en el corazon profundo
de aquella prision guardada,
comprender no podeis nada
de las maldades del mundo.
Mucho os ensalza y sublima
esa tímida inquietud

que el corazon os lastima,
y que fecunda y anima
vuestra celestial virtud.
Pero todos no podemos
ser tan grandes como vos,
y en estos duros estremos
hácia el honor nos volvemos
volviendo la espalda á Dios.
Porque estamos apegados
á la maldad de la tierra
donde fuimos educados,
y el estrago de la guerra
es el dios de los soldados.
Y ¡ay triste del que lo olvide
y una sola vez cobarde
clemencia al contrario pide.
Esta es la ley que nos mide
y para olvidarla, es tarde.
Ya veis que vuestro desvelo
imposible es de calmar:
asi lo dispone el cielo.

CLEMENCIA.

Pero sin muerte, ese duelo
¿no lo podreis acabar?
O derramareis ingrato
esa sangre que es la mia?

GUTIERRE.

No, de matarle no trato,
porque en él, Clemencia, acato
vuestra noble gerarquía.
Y aunque me espongo á morir
empleando en mi defensa
mis fuerzas, y no en herir,
júroos que no ha de sufrir
en este combate ofensa.

CLEMENCIA.

¡Juradlo! (¡Dios soberano!
al fin encontré una luz
en este terrible arcano.)

GUTIERRE.

Os lo juro, con la mano
sobre esta sagrada cruz.

(Poniendo la mano sobre la cruz de la espada.

CLEMENCIA.

Dios no dejará que muera
quien tan noblemente obra.

GUTIERRE.

Y si asi lo permitiera,
á mí, serviros me sobra
y otro premio no quisiera.

CLEMENCIA.

Pero... te defenderás.

GUTIERRE.

Sí, que defiendo una vida
que por tu amor tengo en mas.
Pero si mi hora es cumplida...

CLEMENCIA.

¿Qué dices?

GUTIERRE.

Me llorarás.

CLEMENCIA.

¡Gran Dios! acaso por mí,
mártir de su noble accion...

(Se oye un clarin y se ven aparecer en la galería dos caballeros armados, que se supone son los padrinos de Gutierre.)

GUTIERRE.

Me esperan.

CLEMENCIA.

Gutierre, sí...
parte, pero vuelve.

GUTIERRE.

Asi
me lo anuncia el corazon.

ESCENA VI.

CLEMENCIA, *sola.*

¡Salvadle, señor, salvadle!
Pero vos sois justiciero,
y al mas noble de los dos
del triunfo dareis el premio.
Y tú, santísima Madre
del pacífico Cordero,

con tu manto protector
cúbrele, yo te lo ruego.
No por noble y generoso
perezca mi caballero,
que contra la virtud fuera
terrible y fatal ejemplo.
Haz que venza el que no quiere
manchar en sangre su acero,
para que le llame mio
y se colmen mis deseos.
(*Pausa.*)
¡Aun no se oye la señal!
luchando con mil recelos
el tímido corazon
tiembla azorado en mi pecho.
Aun no...

ESCENA VII.

CLEMENCIA. BLANCA.

BLANCA.
¡Clemencia!
CLEMENCIA.
¿Quién es?
¡Hermana!
BLANCA.
Tiemblas.
CLEMENCIA.
¡Ay! temo.
BLANCA.
Aun no ha empezado el combate.
CLEMENCIA.
No... nada se oye.
BLANCA.
Pero
no tardará en escucharse
el clarin.
CLEMENCIA.
Temblando espero.
(*Se oye tocar un clarin.*)

BLANCA.

¿Oyes?

CLEMENCIA.

Sí, triste de mí.

BLANCA.

No temas...

CLEMENCIA.

Llegó el momento
fatal.

BLANCA.

Corro á ver...

CLEMENCIA.

No vayas.
A esos combates cruentos
no se acostumbren tus ojos.

BLANCA.

Pero dudar...

CLEMENCIA.

Es lo menos.
La duda, Blanca, es en mí
el menor de los tormentos.
(*Se oyen gritos desde fuera.*)

BLANCA.

¿Qué será?

CLEMENCIA.

Sin duda, alguno
de los dos...

BLANCA.

Escucha.

CLEMENCIA.

¡Muerto!
¡Muerto, Dios mio!

BLANCA.

Quién sabe.
Pero alguien se acerca.

CLEMENCIA.

¡Cielos!

ESCENA VIII.

DICHAS *y* EL CONDE, *pálido y desencajado.*

CLEMENCIA.
¡Es el conde! ¿qué me anuncia
ese semblante siniestro?

CONDE.
Tu ventura y mi desdicha.

CLEMENCIA.
¿Qué decís?

CONDE.
¡Vencido, muerto
tal vez!

CLEMENCIA.
¡Oh! no lo creais:
es imposible.

CONDE.
En el suelo,
exánime, ya tal vez
exhala el postrer aliento.

CLEMENCIA.
¿Cómo es posible que asi
un hidalgo, un caballero,
se olvide de sus palabras
y quebrante un juramento?

CONDE.
Tú has sido la causa, tú,
vívora cuyo veneno
se ha derramado en la sangre
del que te abrigó en su pecho.
Por tí se cubren mis canas
de luto; por tí de acerbo
pesar, en mi corazon
cae el doloroso peso.
Pero estos son, de tu amor
insensato, los estremos.
¿Qué importa que sufra y llore
sus tristes ansias un viejo,
con tal que consigas tú
realizar tus devaneos?

¿ qué importa que cuesten sangre
ni la vida de tus deudos?
Pero no te gozarás
en el tranquilo embeleso
de esa pasion criminal.

CLEMENCIA.

Perdon.

BLANCA.

¡ Callad ! yo os lo ruego.

CONDE.

No, te maldigo, y maldigo
tu amor. No tengas sosiego,
ni mas paz que la que dejas
en el alma de este viejo.

CLEMENCIA.

No mas, señor: renunciar
á esa pasion os prometo.

CONDE.

Es tarde ya: gózala
en buenhora; pero el cielo
sabrá premiar tus delirios
con hondos remordimientos.
¡Déjame! voy á estrechar
los frios y nobles restos
de aquel hijo, que era solo
de mi vejez el consuelo.
(*Al irse, vuélvense á oir los gritos.*)

CLEMENCIA.

¿Qué voces?...

CONDE.

¡ Ah! ¿no lo sabes?

BLANCA.

¿ Oís?...

CONDE.

Indignado el pueblo,
la muerte del español
á voces está pidiendo.

CLEMENCIA.

¡ Infames !

CONDE.

Ellos me vengan:

CLEMENCIA.

¿Y deben vengaros ellos?
¡Quebrantar la lealtad
del seguro!

CONDE.

Véale muerto,
y lo demas no me importa.
¡Venganza, venganza, cielos!

ESCENA IX.

CLEMENCIA. BLANCA.

CLEMENCIA.

¡Engañada y maldecida!
¿Qué me resta?—Blanca.

BLANCA.

El pueblo
se apacigua.

CLEMENCIA.

Habrán vengado
su enojo en el caballero.
Sí, porque nada en el mundo
me quedase, le habrán muerto.

BLANCA.

No puede ser; eso fuera
una infamia.—Pero siento
pasos... mírale.

ESCENA X.

DICHAS. EL DUQUE *y* GUTIERRE.

CLEMENCIA.

¡Gutierre!

(*Va á abrazarle, y de repente retrocede y le dice con forzada indignacion.*)

¡Me engañásteis, caballero!

GUTIERRE.

¡Engañaros!

CLEMENCIA.

¿No es verdad

que vuestro contrario es muerto?

GUTIERRE.

Vive, Clemencia.

CLEMENCIA.

¡Dios mio!

GUTIERRE.

Solo al caer en el suelo
tendido permaneció
como tal unos momentos.
Creyéndolo el pueblo asi
mi muerte pidió soberbio,
avanzándose á la plaza;
pero de repente, Pedro
se levantó, y á mi lado
se puso valiente y fiero.

ESCENA XI.

DICHOS. PEDRO *y* EL CONDE.

PEDRO.

Hidalgo, me habeis vencido,
y postrado á vuestros pies
lo confieso: vuestro es
el rico premio ofrecido.
Mucha fué vuestra lealtad
lidiando; y pues sé que os debo
la vida, dadme de nuevo
vuestra mano.

GUTIERRE.

Y mi amistad.
No os ha causado en rigor
esta accion mengua ninguna,
que mas hizo la fortuna
que la fuerza y el valor.

PEDRO.

Padre mio, conceded
su enlace.

FILIPO.

Sí, noble conde:
á vos solo corresponde
pagarle con tal merced.

CLEMENCIA.

Sea con vuestra licencia
mi union feliz: mas, primero,
que me bendigais espero.
¿Dudais hacerlo?

CONDE.

¡Clemencia!

PEDRO.

Os lo ruego yo, señor.

CONDE.

Yo te bendigo.

CLEMENCIA.

A esos pies...

CONDE.

Levántate.—Vuestro es
(A Gutierre.)
el premio del vencedor.

(Toma de la mano á Clemencia, y se la entrega á don Gutierre.)

FIN DEL DRAMA.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas*; *en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas*, *y en las provincias en las siguientes*:

Alicante.............	*Champourcin.*
Alcoy....................	*Marti Roig.*
Badajoz...............	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Barcelona...........	*Piferrer.*
Burgos................	*Arnaiz.*
Cádiz....................	*Moraleda.*
Córdoba..............	*Berard.*
Coruña................	*Perez.*
Granada..............	*Sanz.*
Habana............	*Urban Ramos y Alegria y Charlain.*
Jerez.....................	*Bueno.*
Málaga.................	*Viuda de Aguilar.*
Murcia.................	*Tejada.*
Oviedo.................	*Longoria.*
Orense.................	*Novoa.*
Pamplona...........	*Erasun.*
Palencia.............	*Santos.*
Santiago.............	*Rey Romero.*
Sevilla..................	*Caro Cartaya.*
Santander...........	*Riesgo.*
Salamanca..........	*Blanco.*
Toledo..................	*Hernandez.*
Valladolid..........	*Rodriguez.*
Vitoria................	*Hormilugue.*
Valencia..............	*Navarro.*
Zaragoza.............	*Yagüe.*

